

Charla Debate

Sobre la situación social y política actual ¿se puede modificar la realidad?

P. DANIEL BLANCO

Soy Daniel Blanco. Actualmente cura párroco de la parroquia Visitación de Nuestra Señora en Argüello, en el noroeste de la ciudad de Córdoba. Dentro de la jurisdicción territorial de la parroquia hay realidades socioeconómicamente diversas, con una amplia presencia de sectores populares empobrecidos, algunas “villas miseria” de vieja data y algunos asentamientos precarios más recientes.

Para responder a la pregunta acerca de cuál es la situación en que actualmente se encuentran los sectores populares empobrecidos, me parece conveniente compartir algunos mensajes recibidos en el celular:

- *“Hola padre como le va Kería preguntarle si no tenías harina y alg de mercadería porque no tenemos nada apenas tengas la harina avíseme con eso aemos para comer. Hoy me dieron unos fideos comeremos fideito blanco no tenemos ni para el queso gracias padre dios lo bendiga.”* (sic)
- *“Hola padre como está nosotros*

digamos bien lo molesto para preguntarle si me puede ayudar para comprar un gas y para hacer de comer hoy hace dos días que no estamos comiendo y tomando nada porque no quería molestarlo soy la Jeni.” (sic)

Textuales. Son sólo una muestra. Son mensajes que me llegan todos los días. Los representantes del gobierno nacional se glorían de estar llevando a cabo el ajuste más fuerte de la historia y lo publicitan en los medios que le son afines como algo para festejar. Los pobres de los barrios populares de mi parroquia no necesitan que se lo digan. Al ajuste no lo ven por la tele ni por tik tok. Lo sienten cruelmente en su propia carne. Para ellos el ajuste no es ganar menos o privarse de algo superfluo. El descomunal aumento del costo de la vida significa para muchísimos de nuestros hermanos no tener nada para poner en la mesa. Significa hambre. Los comedores y merenderos cerrados por falta de aportes son testigos mudos

¿Se puede modificar la realidad?

de este dolor. Significa la desesperación de perder el trabajo, incluso el informal que con todas sus contras era una forma de tener algo en el bolsillo. Significa ser víctimas de enfermedades que podrían prevenirse. No poder ir a los hospitales, porque resulta imposible pagar el costo de los colectivos y ni qué decir si fuera necesario pedir un remis. Significa no poder acceder a los medicamentos a causa del aumento de su precio de venta. Significa el cercenamiento del derecho a la educación de los niños y adolescentes que no pueden contar con los medios, los recursos y los presupuestos elementales para su formación. El incremento de “personas en condición de calle”, como eufemísticamente se suele decir para referirse a hermanos que no cuentan con un techo que los cobije, es notable en nuestros barrios. Una foto desgarradoramente reiterada de la realidad es la de una familia hurgando en los contenedores de basura o rompiendo las bolsas de residuos buscando algo para comer. También el amontonamiento, el hacinamiento en una vivienda de personas que no tienen a dónde ir y apelan a la generosidad de algún familiar o amigo que les hace un lugar. ¿Cómo hacer para pagar un alquiler que aumenta constantemente cuando no se tiene ni siquiera lo mínimo para subsistir?

Cuando comparto estas cosas con personas que, aun sintiendo la crisis, no la están sufriendo tan gravemente,

algunos me dicen que el aumento de la pobreza no es algo nuevo, que viene de lejos, que los responsables últimos son otros... Les respondo: Lo indiscutible es que las condiciones reales de vida de los pobres con los que comparto diariamente han empeorado gravísimamente desde finales del año pasado hasta hoy. Es un hecho. Esto te lo puedo garantizar. Y que el panorama que se vislumbra no es en absoluto alentador. No se avizora sino el empeoramiento de la situación.

Cuando converso con quienes son víctimas del ajuste, los que están sufriendo en carne propia las consecuencias de la actual política económica, me sorprende al constatar que muchos de ellos aportaron su voto a este programa. “Quería algo distinto”, me dicen, sin muchas explicaciones más. Me quedo perplejo. Nunca lo hubiera imaginado. Por respeto a nuestro pueblo no puedo descalificar sin más este comportamiento; al contrario, creo que es necesario indagar con humildad en las motivaciones profundas que lo animaron. Buscar comunitariamente, mediante diálogos como este que hoy estamos teniendo, las clarificaciones que necesitamos.

Para quienes anhelamos una sociedad basada en la justicia social, como principio vertebrador de la convivencia política, lo que hoy sucede en nuestro país nos inclina a la desesperanza como la tentación que busca ganarnos el corazón. Advertimos una peligrosa

aceleración de dinámicas destructivas, de vulneración de derechos, de cancelación de políticas sociales, de violencia sobre los más vulnerables, de desprecio y de odio alentadas desde el poder.

No obstante, en cuanto cristianos, porque creemos en el Resucitado capaz de hacer nuevas todas las cosas, sabemos que no tenemos que dejarnos ganar por ella. Como dijo el P. Carlos Mugica “hoy más que nunca tenemos que estar junto al pueblo”. O como dijo Mons. Enrique Angelelli, “nosotros no podemos predicar la resignación”. De hecho, también vemos que las comunidades de fe organizadas cuentan con más recursos para resistir y hacer frente a las agresiones con creatividad, para encontrar vías alternativas y respuestas concretas en clave de solidaridad, para salvar la vida de los pobres desde ellos y con ellos como protagonistas. Las verdaderas soluciones a los problemas sociales y políticos serán siempre comunitarias, surgidas del corazón del pueblo. ¿Cómo ayudar a que esto suceda? Es un desafío, una tarea que nos convoca a buscar juntos. Los movimientos sociales, a quienes el Papa Francisco ha reiteradamente apoyado con entusiasmo llamándolos “poetas sociales”, son espacios en los cuales la esperanza se encarna en la búsqueda compartida de unas sociedades más humanas. La Iglesia, Pueblo de Dios, tendrá que aprender de ellos, al tiempo que podrá aportarles funda-

mentos para afirmar la “dignidad infinita” de todo ser humano.

Todo parece indicar que la Iglesia en la Argentina está llamada a hacer una profunda autocrítica acerca de su papel evangelizador. Particularmente, en lo concerniente a las repercusiones sociales y políticas de la fe en Jesucristo y en su Evangelio. ¿Hemos sido capaces de predicar la fe y los valores del Evangelio de modo que hicieran presente el Reino de Dios en la historia? ¿Hemos propuesto suficientemente la enseñanza social de la Iglesia como contenido propio de la evangelización?

El panorama actual es oscuro. Sin embargo, los cristianos creemos que en cada persona hay puesta por Dios mismo una dignidad inalienable, de la cual fluye una aspiración incontenible que, tarde o temprano, irrumpirá en la trama de la historia, como acontecimientos y movimientos que la redireccionarán hacia horizontes más esperanzadores. Más humanizantes.

Allí, en esas aspiraciones profundas del pueblo, radica nuestra esperanza para nuestra Patria. Más allá de la Iglesia misma, son muchas las personas, hombres y mujeres de buena voluntad que, individualmente o en forma asociada, dan lo mejor de sí en sintonía con aquellas aspiraciones, para que se hagan realidad. ¿No tendremos que buscar allí, en esas aspiraciones y en esos vínculos, la dirección que nos permita superar la actual crisis?